

EL AFECTO COMO SÍMBOLO DE LA ACCIÓN ¹

El psicoanálisis, apoyándose en la biología, considera a los afectos como procesos de descarga motriz vegetativa (secretoria y/o vasomotriz) que provocan una alteración del propio cuerpo, a diferencia de las acciones, destinadas a la modificación del mundo “exterior” (Freud, 1915e, pág. 175, nota 6). Siguiendo ideas de Freud (1911b) Luis Chiozza (1976c [1974]) subraya la relación complementaria entre el afecto y la acción según la cual el afecto surge como remanente de la acción cuando esta no logra la completa eficacia; es decir, hacer cesar la excitación en la fuente.

A partir de esta complementariedad Freud sostiene que los afectos, que en un principio son puro proceso de descarga, adquieren en la asistencia ajena la función secundaria, en extremo importante, de la comunicación (1950a [1895], pág. 362-3).

Boari (1999, pág. 79), en un trabajo² reciente, sostiene que *«si el afecto cumple la importante función de comunicación, puede pensarse que en la vida adulta el primer destinatario del mensaje de los afectos es el propio yo, ya que ahora es el yo, y no el objeto auxiliar externo, quien, en primera instancia, debe ejecutar la acción eficaz. (...) deberíamos pensar que todo afecto (...) significaría una señal, una comunicación, un mensaje para el yo. (...) sería un reclamo, un estímulo, una incitación para el yo a fin de que emprenda una acción que aún no ha comenzado, o para que mejore su rendimiento, si la acción ya está en trámite pero su resultado es todavía insuficiente»*.

En este trabajo me propongo, a partir de estas ideas, continuar profundizando en la relación entre el afecto y la acción. Siguiendo el ejemplo que utiliza Freud para esclarecer la asistencia ajena, solemos imaginarnos a un bebé incapaz de llevar a cabo la acción específica en quien, el deseo insatisfecho, se descarga a través de las inervaciones vegetativas. En otras palabras, la excitación lo afecta, y el bebé llora. Dado que en las primeras conceptualizaciones freudianas el aspecto cualitativo del afecto no aparece suficientemente enfatizado, tendemos a imaginarnos esta alteración, en el bebé, como pura cantidad; llámese molestia o displacer. Aparentemente el niño reacciona haciendo lo único que sabe hacer: llorar.

¹ Las ideas que componen el núcleo central de este trabajo fueron expuestas en el Encuentro “Cuerpo, afecto y lenguaje” llevado a cabo en el Hotel Sheraton de Buenos Aires en Julio de 1999.

² Sobre este trabajo el autor ha presentado, el día 7 de mayo de 1999, en el Instituto de Docencia e Investigación de la FUNDACIÓN LUIS CHIOZZA una “segunda comunicación” (con el mismo título). Este nuevo trabajo “Sobre el sentido de los afectos (segunda comunicación)” aún no ha sido publicado. En esta nueva y más completa versión el texto citado por mí, se halla también en la página 12.

Sin embargo esta idea de la “pura cantidad” no resiste un segundo análisis. Todos sabemos que una madre empáticamente conectada con su hijo sabe diferenciar, por ejemplo, entre un llanto de hambre y uno de sueño, entre el temor de una pesadilla y la molestia del pañal mojado. Por lo tanto – no podía ser de otro modo — **es necesario suponer una relación específica entre el afecto y la acción eficaz.** El miedo es distinto a la envidia; surge en situaciones distintas y exige, para su cancelación, acciones también distintas.

Dando un paso más, si pensamos que hay una relación específica entre la acción eficaz y el afecto que se constituye en señal de la eficacia de la acción, no podemos suponer, luego, que esa relación sea, aunque específica, convencional y arbitraria. Parece más adecuado suponer que **si un determinado afecto cumple la función de señalar la eficacia de una particular acción es porque, en sí mismo, posee una particular información acerca de aquella acción.**

Así podemos preguntarnos, ¿por qué el afecto señal que da cuenta de la eficacia en la acción de afirmar, por ejemplo, una pertenencia consiste justamente en un aumento fisiológico de la función de los linfocitos T4 (Chiozza y colab., 1997b [1995])? O también, ¿por qué cuando fracaso en la acción eficaz de apropiarme de determinados bienes el afecto que surge de tal fracaso consiste en una disminución de la función insulínica (Chiozza y Obstfeld, 1991a [1990])? ¿Qué relación específica existe entre el hambre y las ganas de comer como para que la primera sea, al mismo tiempo, resultado y señal de la segunda? La misma cuestión, enfocada desde otro ángulo, nos llevaría a una pregunta más general: ¿Por qué para evaluar una acción que persigue un cambio en el mundo se utiliza como señal una “acción” que produce una modificación en el propio cuerpo?

Para intentar responder a estas preguntas podemos recurrir a una de las más profundas afirmaciones que ha hecho Freud sobre los afectos. Sostiene que los afectos son como ataques histéricos universales y congénitos. Siguiendo los desarrollos de Darwin, afirma que los afectos son acciones que, en un pasado remoto eran acorde a fines y que, del mismo modo que sucede con el ataque histérico, se repiten hoy privadas de su sentido original (Breuer y Freud, 1985d; Freud, 1916-17 [1915-17]). Existiría una suerte de confusión de contextos en virtud de la cual la situación actual es confundida con una situación pretérita en donde, lo que hoy es un afecto, era entonces una acción justificada.

A partir de estas ideas, solemos concebir al afecto como una preparación, hoy inadecuada (pero adecuada en el pasado filogenético) para la ejecución de una determinada acción. Así por ejemplo, pensamos que frente a una discusión intelectual, los cambios afectivos que surgen son los que estarían preparando al sujeto para una lucha corporal. Esta acción, hoy inadecuada, se justifica si pensamos que en el pasado remoto las discusiones se tramitaban mediante la lucha.

No me parece que esta sea la única manera de representarnos el concepto en toda su profundidad; ni tampoco la mejor. Si pensamos, por ejemplo, en la acción de afirmar la propiedad sobre un bien, este sentido de “preparación” no se ve tan claro. Aun en el pasado filogenético de poca utilidad podría resultar el aumento de

la función insulínica cuando la preparación más eficaz hubiera sido, más bien, ostentar uñas y dientes.

Encuentro, en cambio, más fecunda otra manera de representarnos el concepto. Si pensamos que lo que hoy es, por ejemplo, un automatismo o también un reflejo, fue en un pasado una acción conciente y voluntaria que se necesitó aprender³, del mismo modo podemos pensar, si nos remontamos aún más lejos en el tiempo, que las acciones que hoy son vegetativas fueron también alguna vez concientes. No en la prehistoria del individuo pero sí, en la de su especie. Por ejemplo cuando la musculatura lisa era una idea nueva; de avanzada.

Así, por ejemplo, podemos suponer que en algún momento⁴, la secreción de insulina fue una acción conciente destinada al apropiamiento de la glucosa, del mismo modo que suponemos conciente y voluntaria la expulsión de los jugos digestivos en la digestión externa de la araña.

Siguiendo estas últimas consideraciones podemos suponer que **las acciones más recientes, aquellas que son concientes y voluntarias, se ejecutan a partir de modelos heredados de antiguas acciones; estos modelos, que son los arquetipos de las acciones voluntarias son justamente las acciones vegetativas; es decir, los afectos.**

Veámoslo en un ejemplo, tomando como modelo el ataque envidioso. Una señora está en un restaurant con su marido y entra otra mujer, más joven y bonita. La señora de nuestro ejemplo, menos celosa que envidiosa, hace comentarios destructivos acerca de la otra mujer. Estos comentarios, típicamente envidiosos, censuran la tintura de cabello, la cirugía estética de nariz, las siliconas y el vestido demasiado llamativo.

Sabemos que esa crítica nace como intento de tramitar el estado afectivo, que surge frente a la vivencia de sentirse incapaz de materializar un ideal vivido como imposible (Chiozza, 1963a) (y proyectado, en este caso, en la mujer bonita). Imposibilitada la acción específica, surge el afecto y con él, los comentarios.

Bien mirado, el ataque envidioso que hace la señora no es otra cosa que un intento de fraccionar ese ideal a los fines de hacer posible la identificación. Sus comentarios se asemejan, como pensamientos⁵, a un “manual de instrucciones” para convertirse en el ideal. En palabras de la señora: *“si me tiño el cabello, me opero la nariz, me coloco siliconas y me compro el vestido... también yo podría verme como ella”*.

Vemos entonces que **como acción** (criticar), el envidiar, está basado en el arquetipo filogenético de la acción de la bilis sobre los alimentos (Chiozza, 1963a). **Como afecto**, el envidiar es una descarga motriz vegetativa que, siguiendo la

³ Como sostiene Schrödinger, inconciente es lo que ya se sabe y conciente es lo que se ignora y se está aprendiendo (1958 citado por Chiozza, 1995u).

⁴ Y seguramente, todavía lo sea en algún nivel de conciencia que se mantiene inconciente para el yo del sujeto.

⁵ Es decir, acciones a pequeña cantidad que “preparan” las acciones plenas, en el mundo.

figura de su clave de inervación, encuentra en el aumento de la secreción biliar su componente más representativo.

Como ataque histérico, la envidia es el aumento de secreción biliar que deja al sujeto sumido en la amargura y la impotencia. Al mismo tiempo, **como señal**, ese aumento de la secreción biliar, **como arquetipo simbólico de la acción eficaz**, estimula, orienta y refleja las acciones tendientes a la identificación con el modelo; el envidiar como deseo honesto (Chiozza, 1963b)⁶.

En otras palabras, la señora tiene el deseo de parecerse a la mujer bonita, pero ¿cómo lograrlo? La materialización de la identificación con el modelo ideal es inconcientemente parangonada con una situación conocida: el modelo de la digestión de los alimentos. Siguiendo el arquetipo de la digestión biliar, **estimulada y guiada** por estos procesos, la señora siente envidia (afecto) y, entonces, envidia (acción).

La insatisfacción que no puede tramitarse eficazmente en el mundo se descarga sobre el yo como afecto envidia dejándola amargada. Ese “sabor amargo” genera, como primera acción, los comentarios envidiosos que, bien mirados, **ya son** un mapa para recorrer el camino hasta la materialización del ideal (a través del peluquero, el cirujano y la modista, para seguir con la frivolidad del ejemplo esquemático,).

Por lo tanto esa amargura, inversamente proporcional a la eficacia de la acción, no sólo es una señal para el yo de la eficacia con que está envidiando; sino sobretodo **un símbolo de las acciones específicas que deberá emprender el yo para alcanzar la eficacia necesaria**⁷.

En tanto la identificación con la mujer bonita **no es** un proceso digestivo; el afecto envidia es entonces un **síntoma**, una confusión de contextos, un ataque histérico (aunque universal). En tanto el proceso digestivo funciona como un modelo adecuado para tramitar la identificación, **el afecto envidia es un símbolo**; una señal, adecuada y eficaz, que orienta, como un mapa, las acciones tendientes a la materialización de la identificación.

⁶ «La envidia sería así no sólo "un odio hacia todo lo bueno, aunque sea gratificador", como afirma Klein (1952b), o un destruir afuera la presencia estimulante de un objeto que provoca el re-sentimiento de la carencia, porque no se puede incorporar, como diría Racker (1948), sino también un "deseo honesto", como, en parte, la define el diccionario (Real Academia Española, 1950), un intento de "digerir" ("biliarmente"), afuera, algo que se teme incorporar, privando así al objeto de peligrosidad, de lo asqueroso, para luego incorporarlo (como "digieren" afuera, por ejemplo, algunos reptiles o arácnidos "venenosos, etcétera).» (Chiozza, 1963b, pág. 26)

⁷ Pensar que el afecto tiene primariamente la función de señal auxiliadora, nos invita a preguntarnos, quién envía esta señal. Si pudiéramos imaginarnos un supuesto diálogo entre el yo actual de la señora de nuestro ejemplo con el yo prehistórico en el cual la secreción biliar era, todavía, una acción conciente y voluntaria, este último (como si fuera un yo-hígado o, por qué no, un yo-araña) le diría al yo actual: "Comprendo como te sientes frente a la visión de esa mujer cuya belleza y juventud te parecen ahora inalcanzables; así me siento yo frente al codiciado manjar que entero no cabe en mi boca. Sigue mi consejo: destila primero la agresión de tu veneno hasta que no queden más que pequeños trozos inofensivos y recién allí podrás, uno a uno, incorporarlos. ¡Que el sabor amargo que pongo en tu boca, envenenando tus intenciones, te recuerde mi consejo!". (Un yo-hígado bastante retórico, por cierto!)

La diferencia, entonces, entre el afecto como “ataque histérico” y el afecto como señal, no es otra que aquella, sutil pero trascendente, que describe Chiozza (1978c [1977-78]) entre el signo y el símbolo. Como signo que indica una presencia, el afecto, aunque adquiera luego la función secundaria de la comunicación⁸, es injustificado dado que “confunde”, por ejemplo, una discusión intelectual con una lucha física. Sin embargo, **como símbolo representante de una ausencia, el afecto es, primariamente, la información que necesita el yo para llevar a cabo la acción**⁹.

Por lo tanto un mismo afecto podrá ser un símbolo adecuado de la acción eficaz, en un determinado contexto, pero puede resultar insuficiente en otro, donde, al no poder orientar **eficazmente** a la acción, las acciones ineficaces incrementarán los niveles de excitación. Vemos entonces que **en ambos casos el afecto es una señal para la acción**; sólo que en un caso es una señal adecuada que orienta eficazmente el accionar hacia el cese de la excitación en la fuente, mientras que en el otro señala, erróneamente, el camino de acciones inútiles que no resuelven la situación¹⁰.

Nuestra tarea como psicoterapeutas no consiste en lograr que el paciente “sienta menos”, sino que “sienta mejor”; para esto intentamos deshacer significaciones que juzgamos precarias (por ejemplo, por “exceso de transferencia”) en la búsqueda de mejores modelos. Esta tarea de resignificar las historias persigue una misma meta que podemos enunciar de dos modos: una mayor eficacia en las acciones en el mundo, o bien, una mayor riqueza (*Eros* o complejidad) de la vida afectiva.

Cuando un sujeto se halla torturado por los celos frente al nacimiento de su hijo, pensamos que ha hecho una simple proyección de una versión demasiado esquemática y pobre de su complejo de Edipo; pensamos que esta significación le impide desplegar toda la potencial riqueza afectiva de semejante evento. Por lo

⁸ Siguiendo la misma tesis que propongo, la asistencia ajena es eficaz en la medida en que el objeto auxiliador es capaz de reconocer en el afecto la acción eficaz que este simboliza.

⁹ Como sostiene Chiozza (1986c pág. 78), al tratar el ejemplo del sombrero y el *cowboy*, cuando juzgamos que se trata de un signo, que indica una presencia, damos paso a la acción plena en el mundo; cuando pensamos que es un símbolo que indica que el objeto está ausente, mantenemos la acción a pequeña cantidad en el ámbito del pensamiento. Por lo tanto la diferencia no radica, primariamente, en una cuestión de cantidad, plena o pequeña, sino en el juicio que decide si se trata de un signo o un símbolo. Al respecto sostiene Boari que «*cabe la posibilidad de la existencia de afectos intensos que de todos modos sean señales (mediana cantidad), porque no se descargan “plenamente” en lugar de la acción, sino que la estimulan con vehemencia*» (“*Sobre el sentido de los afectos (segunda comunicación)*”, Boari, 1999, pág.15).

¹⁰ Ya no se trata entonces de sostener que “es mejor pensar con la cabeza fría” en el sentido de creer que pensamiento y emoción son como el agua y el aceite; más cerca estaríamos de afirmar lo contrario: los afectos (cuando son adecuados) orientan el pensamiento, son su meta, dado que el pensamiento, nacido de la frustración, busca encaminar las acciones al logro de la satisfacción. Esto parece coincidir con la tendencia actual de la “neurociencias” de revalorizar el papel de los afectos llegando a considerar la existencia de una “inteligencia emocional” que en otras épocas hubiera parecido una contradicción en sus términos (Damasio, A., 1994, pág. 11).

tanto nuestro objetivo no consiste tanto en que “sienta menos” los celos, como en que sienta también otras cosas¹¹.

Al recurrir a la postulación de un arquetipo (vegetativo) para la realización de las acciones (voluntarias) hemos utilizado una pauta conocida por el psicoanálisis; la idea de que todo lo nuevo es reconocido a partir de lo anterior. Es la misma idea que expresamos cuando decimos que para percibir es necesario recordar; es el mismo modelo que subyace a la idea de transferencia.

En la medida en que predomine el signo, la identidad de percepción o la ecuación simbólica, el recuerdo será una alucinación y la transferencia un síntoma; en esas situaciones, el afecto será una ataque histérico, un síntoma, una repetición inadecuada que entorpece el accionar eficaz.

En la medida en que predomine el símbolo, la identidad de pensamiento, la analogía, el “como sí”, el afecto será el símbolo específico que se utilizará como señal para guiar la acción eficaz. Desde este punto de vista, podemos concluir diciendo que **el afecto es a la acción lo que el recuerdo es a la percepción.**

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BOARI, Domingo (1999)

“Sobre el sentido de los afectos”, Simposio 1999 de la Fundación LUIS CHIOZZA, Buenos Aires, Enero de 1999.

BREUER, J. y FREUD, S. (1985d)

Estudios sobre histeria, en Freud *Obras Completas*, Amorrortu editores (AE), Buenos Aires, 1976, Tomo II.

DAMASIO, Antonio (1994)

El error de Descartes. La razón de las emociones, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1999.

CHIOZZA, Luis (1963a)

Psicoanálisis de los trastornos hepáticos, (Comunicación preliminar), Luis Chiozza, Artes Gráficas Luro, Buenos Aires, 1963.

CHIOZZA, Luis (1963b)

Cuando la envidia es esperanza (Historia de un tratamiento psicoanalítico) (Segunda Edición), Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.

CHIOZZA, Luis (1976c [1974])

“La transformación del afecto en lenguaje”, en *Del afecto a la afección*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, pág. 27-30.

CHIOZZA, Luis (1977b)

“El falso privilegio del padre en el complejo de Edipo”, en *Ideas para una concepción psicoanalítica del cáncer*, Luis Chiozza, B. Alperovich, C. Bahamonde, O. Baldino, J. Canteros, L. Carotenutto, N. Chavarino, S. Erbin, R. Fernández, M. Fonzi, A. Fonzi, S.

¹¹ Esclareciendo, por ejemplo, malentendidos tales como el del falso privilegio del padre en el complejo de Edipo (Chiozza, 1977b), trataremos de resignificar el acontecimiento desplegando sentimientos latentes como el amor, la paternidad o la trascendencia.

Furer, L. Grus, R. Grus, E. Herrera, G. Iribarne, H. Litvinoff, A. Mariona, S. Martín, E. Marzorati, E. Obstfeld, J. Pinto, F. Rodríguez, A. Rosmaryn, J. Santalla, R. Salzman, J. Scapusio, G. Wainer, Biblioteca del CWCM, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1978, pág. 83-90.

CHIOZZA, Luis (1978c [1977-1978])

“El problema de la simbolización en la enfermedad somática”, en *Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Luis Chiozza, Biblioteca del CWCM, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1980, pág. 293-321.

CHIOZZA, Luis (1986c)

“El malentendido”, en *Opiniones sobre la Psicología*, Gregorio Klimovsky, Marcos Aguinis, Luis Chiozza, Joel Zac, Raúl Serroni-Copello. Ediciones ADIP, Buenos Aires, 1986.

CHIOZZA, Luis (1995u)

“El psicoanálisis y los procesos cognitivos” en *Del afecto a la afección*, Luis Chiozza. Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, pág. 297- 335.

CHIOZZA, L. y OBSTFELD, E. (1991a [1990])

“Psicoanálisis del trastorno diabético”, en *Los afectos ocultos en... Psoriasis, asma, trastornos respiratorios, várices, diabetes, trastornos óseos, cefaleas, accidentes cerebrovasculares*, Luis Chiozza, Sergio Aizenberg, Gladys Baldino, Oscar Baldino, Dorrit Busch, Eduardo Dayen, Mirta Funosas, Susana Grispon, Liliana Grus, Elsa Lanfri, Enrique Obstfeld, Roberto Salzman, Hilda Schupack, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1991, pág. 106-131.

CHIOZZA, L. ; BOARI, D. ; CHIOZZA, G. ; CORNIGLIO, H. ; FUNOSAS, M. ; GRUS, R. ; PINTO, J. ; SALZMAN, R. (1997b [1995])

“El significado inconciente específico del SIDA”, en *Del afecto a la afección. Obesidad, SIDA, Hiper e Hipotiroidismo, Enfermedades Periodontales, Caries Dental*, Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1997, pág. 213-295.

FREUD, Sigmund (1911b)

“Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”, AE, Tomo XII.

FREUD, Sigmund (1915e)

“Lo inconciente”, AE, Tomo XIV, págs. 153-214.

FREUD, Sigmund (1916-1917 [1915-1917])

Conferencias de introducción al psicoanálisis, AE, Tomos XV y XVI.

FREUD, Sigmund (1950a [1887-1902])

“Proyecto de una psicología para neurólogos”, AE, Tomo I.